

Y Santiago traía á su querida esa rabia desesperada de amor que no podían gastar el sufrimiento ni el cansancio.

Severina había notado que su amante cambiaba, y también se desesperaba ella, creyéndose la causa de la tristeza del joven desde que éste había llegado á saberlo todo. Cuando le veía estremecerse cogido de su cuello evitando sus besos con un movimiento brusco, no era sino que recordaba y que ella le causaba horror. Severina nunca se había atrevido á volver á hablar de aquellas cosas. Se arrepentía de haber hablado, sorprendida por la facilidad de sus confidencias en aquella cama ajena en que ambos habían ardido de pasión, sin recordar en lo más mínimo su antigua necesidad de espontanearse, como satisfecha ya al tenerlo á su lado en el fondo de aquel secreto. Y ella le amaba, deseándole cada vez más desde que nada ignoraba. Era una pasión insaciable; la mujer despertada por fin; un ser hecho únicamente para la caricia; amante por completo y que no era madre. Vivía únicamente por Santiago y no mentía cuando decía desear fundirse en él, pues sólo tenía un anhelo: que la llevase consigo, conservándola en su carne. Siempre tan dulce, muy pasiva, no experimentando más que el placer que la proporcionaba Santiago; hubiese deseado sentir sueños de gata sobre las rodillas de Santiago desde por la mañana hasta por la noche. Del espantoso drama no había conservado más que la extrañeza de haberse visto mezclada en él, así como parecía

haber permanecido virgen y cándida al salir de las manchas de su juventud. Aquello estaba lejos y ella sonreía, y ni siquiera le hubiera guardado rencor á su marido á no haberla éste molestado.

Pero su execración hacia aquel hombre aumentaba á medida que crecía su pasión, la necesidad que por el otro sentía. Ahora que éste nada ignoraba y que la había absuelto, él era el amo, aquel á quien seguiría, el que podía disponer de ella como de una esclava.

Hizo que la diese su retrato: una tarjeta fotográfica; y dormía con los labios pegados sobre la imagen, muy triste desde que le veía pensativo, sin conseguir adivinar por qué razón sufriría él de aquella manera.

Las citas continuarían realizándose fuera mientras llegara el momento de verse en su casa, en el nuevo cuarto conquistado.

El invierno terminaba, el mes de Febrero era muy suave.

Prolongaban sus paseos, andaban durante horas por los terrenos más retirados de la estación; pues él evitaba detenerse, y cuando ella se colgaba de sus hombros, obligado entonces á sentarse y á poseerla, exigía que fuese sin luz, temiendo matarla si veía desnuda la más leve parte de su piel: mientras que no viese, quizás resistiría. En París, adonde ella continuaba siguiéndole todos los viernes, cerraba él cuidadosamente las cortinas del cuarto, so pretexto de que la claridad amenguaba su dicha. Aquel via-

je semanal lo hacía ella ahora sin dar siquiera una explicación á su marido. Para los vecinos continuaba el antiguo pretexto, su rodilla enferma; y también decía que iba á ver á su nodriza la señora Victoria, cuya convalecencia se alargaba en el hospital. Ambos se distraían mucho aún; él estaba muy atento los días en los cuales había andado bien la Lisón y á Severina le encantaba verle menos triste, divertida también por el trayecto, aunque ya principiaba á conocer los más insignificantes ribazos, los árboles del camino. Desde el Havre á Motteville había prados, campos llanos, cortados de setos, vivos plantíos de manzanos, y luego hasta Rouen el país era ya más accidentado y desierto. Después de Rouen, extendíase á la vista el Sena. Lo pasaban en Sotteville, en Oissel, en Pont-de-l'Arche, y luego, al través de grandes llanuras, reaparecía sin cesar anchamente desplegado. Desde Gaillon ya no le dejaban, lo tenían á la izquierda, más lento entre sus orillas bajas, adornadas de álamos y de sauces. Seguían las faldas de los ribazos, abandonando la ría en Boumieres para hallarla bruscamente en Rosny, al salir del túnel de Rölleboise. Era como el amable compañero del camino.

Tres veces aún le franqueaban antes de la llegada. Y ahora se veían Mantes y su campionario entre los árboles, Triel con las manchas blancas de sus yeseras, Poissy, al que cortaban por la mitad, los dos muros verdes del bosque de Saint-Germain; las escarpas de Colombes

llenas de lilas, y por fin, los alrededores de la capital, París adivinado, entrevisto desde el puente de Asnieres, el Arco de Triunfo, á lo lejos, por encima de los edificios leprosos de los barrios extremos, erizados de chimeneas de talleres. La máquina se hundía bajo Batignolles parándose en la estación llena de ruidos, y hasta el anochecer Severina y Santiago se pertenecían, eran libres.

A la vuelta ya era de noche; Severina cerraba los ojos, recordando toda su felicidad.

Pero así por la mañana como por la noche, cada vez que pasaba por la Croix-de-Maufras, asomaba la cabeza, echaba una ojeada prudente sin dejarse ver; estaba cierta de hallar allí, delante de la barrera, á Flora de pie, presentando la bandera en su forro, y envolviendo el tren en su mirada fulgurante como una llama.

Desde que la muchacha, el día de la nieve, les había visto besarse, Santiago había avisado á Severina que desconfiase de ella. No ignoraba el joven con qué pasión de niña salvaje le perseguía Flora desde los albores de su juventud, y sabía que era celosa, de una energía viril, llena de rencor feroz y capaz de matar. Por otra parte, debía saber muchísimas cosas, pues recordaba su alusión á las relaciones del presidente con una señorita de quien nadie sospechaba y ya casada. Si sabía aquello, seguramente había adivinado el crimen: sin duda iba á hablar, á escribir, á vengarse con una denuncia. Pero los días y las semanas pasaron y

II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"(FON) 10 1158"

1625 MONTERREY, MEXICO

nada nuevo se ofrecía, sólo la veía plantada en su puesto, en el borde de la vía, con su bandera, rígida. Desde el momento en que ella divisaba la máquina, el joven experimentaba la sensación de su ardiente mirada.

Flora le veía á pesar del humo, se apoderaba de él por completo, acompañándole en el relámpago de la velocidad, en medio del estruendo de las ruedas. Y el tren al mismo tiempo era sonado, atravesado, visitado, desde el primer coche hasta el último. Siempre se encontraba á la otra, á la rival, que venía allí todos los viernes. Aunque Severina por una necesidad imperiosa de ver, sólo asomaba un poco la cabeza, Flora ya le había echado la vista encima, cruzándose como espadas las miradas de ambas. El tren huía devorador, y una de ellas quedaba en tierra, no pudiendo seguirle, llena de ira por aquella felicidad que le arrebatava.

Flora parecía crecer, Santiago la veía más alta cada viaje, inquieto al considerar que nada hacía, preguntándose qué proyecto iba á madurar en aquella muchachota taciturna, cuya inmóvil aparición no podía evitarse.

También un empleado, Enrique Dauvergne, el conductor jefe, molestaba á Severina y á Santiago. Justamente estaba encargado de aquel tren del viernes, y se mostraba con una amabilidad fastidiosa para Severina.

Habiendo notado sus relaciones con el maquinista, esperaba que quizás llegase su turno.

A la salida del Havre, las mañanas en que

estaba de servicio, Roubaud se guaseaba; de tal suerte las atenciones de Enrique eran manifiestas: reservaba todo un compartimento para ella, la instalaba y examinaba el calorífero. Un día el marido, que continuaba mostrándose tan amable con Santiago, le designó, con una ojeada, las atenciones del joven, como para preguntarle si estaba dispuesto á tolerar aquello.

Además, en las disputas, acusaba á su mujer de dormir con ambos. A Severina se le figuró que Santiago así lo creía y que esto era la causa de sus tristezas. En medio de sollozos protestó ella de su inocencia, diciéndole que la matara si le era infiel. Entonces Santiago se chancó, muy pálido, besándola y contestándole que sabía que era honrada y que por su parte creía que él no llegaría nunca á matar á nadie.

Las primeras noches de Marzo fueron malísimas, obligándoles á interrumpir sus citas; y los viajes á París, con más algunas horas de libertad, por ellos buscadas, ya no bastaban á Severina. Era en ella una necesidad creciente tener consigo á Santiago, suyo por completo. Habían de vivir juntos los días y las noches sin separarse nunca. El odio que sentía hacia su marido se agravaba; la vida á diario con aquel hombre producía en Severina una irritación enfermiza, intolerable.

Dócil, dotada de una condescendencia de mujer cariñosa, Severina se irritaba en cuanto se trataba de Roubaud, poniéndose furiosa por el menor obstáculo que éste oponía á sus deseos

Entonces parecía como que la sombra de sus cabellos negros nublaba el azul claro de sus ojos. Se volvía huraña, acusaba á su marido de haber estropeado su existencia, hasta el punto de que ya era imposible la vida del uno al lado del otro. ¿No era él autor de todo aquello? Si ya no existía su hogar, si tenía ella un querido, ¿no era culpa suya? La estúpida tranquilidad en que le veía, la mirada indiferente con que Roubaud acogía sus rabietas, la espalda de bestia, el vientre ensanchado, toda aquella grasa que daba á Roubaud cierto aspecto de hombre feliz, exasperaba á Severina aumentando sus internos sufrimientos. Romper con él, alejarse, recomenzar la vida en otra parte, tales eran los únicos pensamientos de Severina. ¡Oh! ¡recomenzar, hacer sobre todo que el pasado no existiese, hallarse de nuevo en un tiempo anterior á todas aquellas abominaciones, encontrarse otra vez tal cual era á los quince años, y amar, y ser amada, y vivir como soñaba entonces! Durante ocho días acarició un proyecto de huida: se marchaba con Santiago y se ocultaban en Bélgica, instalándose allí como un joven matrimonio laborioso. Pero ella ni siquiera le habló de eso, en seguida se presentaron impedimentos, la irregularidad de la situación, el miedo continuo que ambos sentirían, sobre todo, el fastidio de dejar su fortuna á Roubaud, el dinero y la Croix-de-Maufras.

Habían hecho un testamento, por el cual todo quedaba para aquel que sobreviviese de los

dos, y ella se hallaba en poder de Roubaud, en esa tutela legal de la mujer, tutela que le ataba las manos. Antes que marchar abandonando un céntimo, habría preferido morir allí, junto á su marido. Cierta día que éste, demudado el color, subió á decirle que al atravesar por delante de una locomotora, había sentido que uno de los topes le había rozado el codo, pensó Severina que si él hubiese muerto, ella habría quedado libre. Le miraba con sus grandes ojos fijos: ¿por qué demonios no se moría, puesto que ya no le amaba y puesto que él era un estorbo para todo el mundo?

Desde entonces, el sueño de Severina cambió. Roubaud había muerto por un accidente y ella se iba con Santiago á América. Estaban casados, habían vendido la Croix-de-Maufras, y realizado toda la fortuna. Ningún temor dejaban tras de sí. Si se expatriaban era para renacer en brazos uno de otro. Allá, á lo lejos, nada existiría ya de cuanto quería olvidar, podría creer que disfrutaba de una nueva vida. Puesto que se había equivocado, principiaría otra vez la experiencia de la felicidad. El encontraría ciertamente alguna ocupación; también ella emprendería algo; sería aquello la fortuna, tendrían hijos probablemente, y llevarían una nueva existencia de trabajo y de felicidad. En cuanto quedaba sola en la cama por la mañana y durante el día, mientras bordaba, entregábase á aquel ensueño, lo corregía, lo ensanchaba, añadiendo sin cesar detalles felices y acababa por verse colmada de ale-

gría y de dinero. Ella, que antes salía tan poco, tenía ahora la pasión de ver partir los buques; bajaba al muelle, se ponía de codos y seguía el humo del navío hasta que las grandes nubes se confundían con las nieblas de alta mar, y entonces se excitaba, creía estar sobre cubierta con Santiago, ya lejos de Francia, en camino hacia el paraíso soñado.

Una noche de mediados de Marzo, habiéndose atrevido el joven á subir á verla, le contó que acababa de traer de París, en su tren, uno de sus antiguos compañeros de escuela, que se marchaba á Nueva York para explotar cierta máquina de fabricar botones, y como necesitaba un asociado mecánico, hasta le había ofrecido llevárselo con él. ¡Oh! era un negocio magnífico que sólo necesitaría el adelanto de treinta mil francos y que quizás iba á producir millones.

Santiago decía esto por hablar, añadiendo, por supuesto, que él había rehusado. Mas quedábale alguna tristeza por ello, pues siempre es duro renunciar á la fortuna cuando inesperadamente se nos presenta.

Severina le escuchaba de pie como distraída. ¿No era este su sueño y se iba á realizar?

—¡Ah!—murmuró por fin—nos íbamos mañana....

Santiago levantó la cabeza, sorprendido.

—¿Cómo, qué es eso de que nos íbamos?

—Claro, si ya no viviera.

No había nombrado á Roubaud, designándolo

únicamente con un movimiento de la barbilla. Pero el joven comprendió y tuvo un gesto vago para decir que por desgracia aún vivía.

—Nos íbamos—repuso con su voz lenta y profunda—¡seríamos tan felices allí! Los treinta mil francos los tendría yo vendiendo la propiedad; y todavía me quedaría para instalarnos.... Tú, pues, harías valer todo eso; yo arreglaría un cuartito muy mono en el que nos amaríamos hasta más no poder.... ¡Oh, qué bueno sería, qué bueno sería!

Y añadió muy bajito:

—¡Lejos de todo recuerdo! ¡una nueva vida delante de nosotros!

A Santiago le invadía un sentimiento de íntima dulzura; sus manos y las de Severina se juntaron, estrechándose instintivamente, y ni uno ni otro hablaba ya, absortos ambos en la contemplación de aquella esperanza.

Severina fué quien habló de nuevo.

—De todas maneras harías bien en ver á tu amigo antes de que se vaya, diciéndole que no tome asociado alguno sin avisarte.

Santiago mostraba cada vez mayor extrañeza.

—¿Pues?...—exclamó.

—Pues porque ¡qué se yo! El otro día, con esa locomotora, un segundo más y quedaba libre.... Está uno vivo por la mañana, y ya por la noche no existe.

Severina le miraba fijamente, y repitió:

—¡Ah, si hubiese muerto!

—¿Supongo que no querrás que le mate?— preguntó el joven tratando de sonreír.

Tres veces dijo ella que no; pero sus ojos decían que sí; sus ojos de mujer cariñosa, entregada por completo á la inexorable crueldad de su pasión. Puesto que su marido había matado á otro, ¿por qué no le habrían de matar á él?

Esta idea acababa de brotar en ella bruscamente, como una consecuencia, como un fin necesario. Matarle y marcharse, nada más sencillo. Ya muerto él, todo acabaría, podría emprender una nueva vida. No veía otro desenlace posible; su resolución estaba decidida, era absoluta; y en tanto, con un ligero movimiento, continuaba diciendo que no, sin valor para confesar su violencia.

Santiago, adosado al aparador, continuaba afectando que lo tomaba todo á broma. Acababa de ver la navaja que andaba por allí.

—Si quieres que le mate, tienes que darme la navaja..... Ya tengo el reloj; de modo que será un museito.

Y se echó á reír con mejor humor.

Severina contestó gravemente:

—Coge la navaja.

Y cuando Santiago la hubo metido en el bolsillo, como para llevar la broma hasta el final, besó á Severina.

—Vaya, pues buenas noches..... Voy enseguida á ver á mi amigo, y le diré que me espere..... El sábado, si no llueve, á ver si vienes detrás de la casa de Sauvagnat, que allí estaré

yo. Convenido, ¿eh?... Y pierde cuidado, no mataremos á nadie, es una broma.

Aunque ya era tarde, Santiago bajó hacia el puerto para ver, en el hotel en que paraba, al amigo que se iba al otro día.

Le habló de una herencia posible, y pidió quince días antes de darle contestación definitiva.

Al volver hacia la estación, por las grandes calles oscuras, pensó con grande extrañeza el paso que acababa de dar. ¿Había, pues, resuelto matar á Roubaud, ya que disponía de su mujer y de su dinero? No, ciertamente, nada tenía decidido, y sólo tomaba esas precauciones para el caso en que se decidiera á ello.

Evocó entonces el recuerdo de Severina; la presión ardorosa de su mano, su mirada fija que decía sí, mientras su boca decía no.

No había que dudarlo; quería que matase á otro. Santiago quedó muy turbado: ¿qué iba á hacer?

Cuando ya estuvo en la calle François-Mazeline, acostado junto á Pecqueux, que roncaba, Santiago no pudo dormir. A pesar suyo, su cerebro trabajaba sobre la idea del crimen; el plan del drama que meditaba, calculando hasta sus más lejanas consecuencias. Buscaba, discutía las razones en pro y las razones en contra. Y en suma, mirándolo bien, friamente, sin excitación de ninguna especie, todas estaban en pro. ¿No era Roubaud el único obstáculo que se oponía á su felicidad? Muerto Roubaud, él se casaría con

Severina, á quien adoraba, y ya no tendría que ocultarse, estaría por completo á su disposición.

Además mediaba en todo esto el dinero: una fortuna. Dejaba su duro oficio, era amo á su vez, en aquella América, de la que hablaban sus compañeros como de un país en que los mecánicos estaban atestados de oro. Su nueva existencia allá se le representaba como un ensueño: una mujer que le amaba apasionadamente, millones que ganaría enseguida, vida ancha, ambición ilimitada, en fin, lo que le diera la gana. Y para realizar aquel ensueño, sólo tenía que hacer un gesto; nada más que suprimir un hombre, el animal, la planta que molesta el paso y que con el pie se aplasta. Ni siquiera era interesante aquel hombre, engordado, espesote, hundido en su amor estúpido al juego en el cual naufragaban sus antiguas energías. ¿Por qué perdonarle? Ninguna circunstancia, absolutamente ninguna abogaba en favor suyo. Todo le condenaba, puesto que la respuesta á cada una de las preguntas que se hacía Santiago era, que el interés de los demás exigía la muerte de Roubaud. Titubear sería imbécil y cobarde.

Pero Santiago, cuya espalda ardía y que se había echado boca abajo, se volvió sobresaltado por un pensamiento vago hasta entonces, y tan bruscamente, que lo sintió como un dardo en su cráneo. El, que desde su infancia quería matar, que era perseguido hasta la tortura por el horror de aquella idea fija, ¿por qué no ma-

taba á Roubaud? Quizás saciase para siempre, sobre esta víctima escogida, su necesidad de matar; y así, no sólo haría un buen negocio, sino que quedaría curado para siempre. ¡Curado, Dios mío! ¡no tener ya ese calofrío de sangre, poder poseer á Severina sin ese despertar feroz del antiguo macho, llevándose en los brazos las hembras despanzurradas! Un sudor le inundó, y ya se vió con la navaja en la mano, abriendo la garganta á Roubaud como éste se la había abierto al presidente, satisfecho y saciado á medida que la herida echaba sangre sobre sus manos. Lo mataría, estaba resuelto, puesto que esa era la curación, la mujer adorada, la fortuna.

De matar á alguno, si es que Santiago había de matar, Roubaud era al que él mataría, sabiendo siquiera lo que hacía; razonablemente, por interés y por lógica.

Una vez tomada su decisión, al dar las tres de la mañana Santiago trató de dormir. Ya perdía el conocimiento cuando una sacudida profunda le hizo incorporarse y sentarse sobre la cama, ahogándose. ¡Matar á aquel hombre! ¿y con qué derecho? Cuando una mosca le molestaba, la deshacía de un manotón. Un día que un gato se enredó entre sus piernas, le rompió los riñones de un puntapié, verdad es que sin querer. ¡Pero ese hombre! ¡su semejante! Tuvo que rehacer todo el razonamiento para probarse á sí mismo su derecho á matar, el derecho de los fuertes molestados por los débiles, á los que comen. El era á quien amaba la mujer del otro, y

ella misma era quien quería tener toda la libertad para con él y traerle su dinero.

De este modo hacía desaparecer el obstáculo simplemente. ¿Pues qué, en los bosques si dos lobos se encuentran junto á una loba, el más fuerte no quita al otro de enmedio de un bocado?!

Y antiguamente, cuando los hombres se guarecían como lobos en el fondo de las cavernas, ¿no pertenecía la mujer codiciada al que podía conquistarla enmedio de la sangre de sus rivales? Entonces, puesto que esa era la ley de la vida, había que obedecer, dejando á un lado los escrúpulos que más tarde habían sido inventados para vivir en paz.

Poco á poco su derecho le pareció absoluto, sintió renacer su firme resolución; desde el día siguiente escogería sitio y hora, preparándose.

Lo mejor, sin duda, sería dar de puñaladas á Roubaud por la noche en la estación mientras que éste estuviera de ronda; de modo que se creería que le habían matado los merodeadores al verse sorprendidos. Detrás del montón de carbón, conocía un buen sitio, si fuera posible atraer allí á Roubaud. A pesar de los esfuerzos hechos por Santiago para dormirse, ahora arreglaba la escena, discutía dónde se había de colocar, cómo daría el golpe para dejarlo tieso; y sorda, invenciblemente, mientras descendía á los detalles más insignificantes, su repugnancia se reproducía, formulábase en su con-

ciencia una protesta que de nuevo le estremecía por completo. ¡No, no, no le mataría! Aquello le parecía monstruoso, inejecutable, imposible. En él el hombre civilizado se resistía, la fuerza de la educación, el infinito é indestructible armazón de las ideas transmitidas. No había que matar, había chupado eso con la leche de las generaciones; su cerebro afinado, lleno de escrúpulos, rechazaba el crimen con horror en cuanto se ponía á discutirlo. Sí, matar en un apuro, en un momento de ceguera en que domina el instinto. ¡Pero matar á sangre fría, por cálculo y por interés, no, nunca, nunca podría hacerlo!

Era cerca del alba cuando Santiago logró adormilarse, pero su sueño fué tan ligero que la lucha continuó confusamente en él, abominable. Los días que siguieron fueron los más dolorosos de su existencia. Evitaba ver á Severina y la había mandado á decir que no acudiese á la cita del sábado, temiendo á sus ojos. Mas el lunes tuvo que verla; y tal cual lo temía, sus grandes ojos azules, tan dulces y tan profundos, le llenaron de angustia. No habló ella de aquello y ni tuvo un gesto ni una palabra para excitarle. Sólo que sus ojos estaban expresando siempre aquel pensamiento é interrogándole y suplicándole. No sabía cómo evitar su impaciencia y su reproche, siempre los encontraba fijos en los suyos, sin duda ella se extrañaba de que el joven titubease un momento en ser feliz. Cuando la dejó la abrazó en un arranque brusco, para darle á entender que estaba resuelto. Y en efecto, lo estaba, y resuelto se sintió

hasta llegar al final de la escalera, en donde comenzó la lucha de su conciencia.

Cuando de nuevo la vió, á los dos días, tenía Santiago la palidez difusa y la furtiva mirada de un cobarde que retrocede al ir á realizar un acto necesario. Severina estalló en sollozos, sin proferir palabra alguna, y llorando quedó asida al cuello de Santiago; se consideraba muy desgraciada; y él, trastornado, sentía desprecio hacia sí mismo. Era preciso acabar de una vez.

—El jueves allí, ¿quieres?—pregunto ella en voz baja.

—Sí, el jueves te esperaré.

La noche de aquel jueves fué una noche muy oscura, estaba el cielo sin estrellas, opaco y pesado, abrumado por la neblina del mar. Según costumbre, Santiago, que había llegado el primero, se hallaba de pie detrás de la casa de los Sauvagnat y acechó la llegada de Severina. Pero eran tan espesas las tinieblas y Severina pisaba tan despacio que Santiago se estremeció, al sentirse rozado por ella sin que la hubiera visto llegar. Severina estaba ya en sus brazos, inquieta al sentirle temblar.

—¿Te he causado miedo?—murmuró.

—No, no; te esperaba..... Vamos á andar un poco, nadie puede vernos.

Y cogidos del tallo, caminando despacio, se pasearon por el extremo de la estación. En aquel lado del Depósito, los mecheros de gas eran muy contados y algunos puntos quedaban completamente en sombra, sin toque de luz al-

guno, en tanto que los faroles eran numerosísimos á lo lejos, hacia la estación, y aparecían como chispas muy brillantes y vivas.

Durante largo rato anduvieron así, sin proferir una palabra. Severina reclinaba su cabeza sobre el hombro del joven, alzándola á veces para besarle en la barbilla; él, inclinándose, devolvíale aquel beso sobre la sien, en el mismo nacimiento del pelo. El golpe grave y único de la una de la mañana acababa de dar en las iglesias lejanas. Si los amantes no hablaban, sentían que en medio de las caricias que iban mutuamente prodigándose, les era imposible libertarse de su pensamiento. No pensaban más que en «aquello». No podían estar juntos sin que tal pensamiento se fijara en sus almas como una tentación.

La lucha continuaba. ¿Para qué proferir en alta voz palabras inútiles, puesto que era preciso decidirse á obrar? En un momento en que ella alzó su cabeza para acariciarle, echó de ver que la navaja hacía bulto en el bolsillo del pantalón de Santiago. ¿Significaba aquello que el joven estaba resuelto á cometer el crimen?

Pero los pensamientos de Severina se desbordaban, y sus labios se abrieron como en un suspiro apenas perceptible, y dijo:

—Hace un rato subió, y yo no sabía por qué, cuando le ví coger el revólver, que se le había olvidado..... Es señal de que estará de ronda.

Volvieron á quedar en silencio, y sólo cuando anduvieron veinte pasos más, dijo él á su vez:

—Unos ratas han quitado plomo por aquí

anoche..... Dentro de un rato vendrá seguramente.

Entonces sintió ella un ligero estremecimiento, ambos quedaron mudos de nuevo, y prosiguieron caminando despacio. Una duda le asaltó á Severina: ¿era, en efecto, la navaja la que hacía bulto en el bolsillo de Santiago?

Le besó dos veces, y al refregar su cuerpo con la pierna de Santiago, no pudo adquirir la seguridad de que su amante llevase la navaja, y Severina dejó colgar su brazo y tentó, dándole otro beso. Sí, era la navaja. Pero Santiago comprendió cuál era el intento de su amada, y ahogándola contra su pecho balbuceó á su oído:

—Va á venir, serás libre.

El erimen estaba decidido y les pareció que ya no andaban, sino que una fuerza extraña les llevaba como haciéndoles rozar el suelo. Sus sentidos experimentaron súbitamente una extrema sensibilidad, sobre todo en el tacto; pues unidas sus manos se lastimaban, y el menor roce de sus labios les hacía el efecto de un rasguño. También oían los ruidos que hacía un rato se producían y que iban perdiéndose á lo lejos, el rodar y el resoplido lejano de las máquinas; choques sordos y pasos errantes en el fondo de las tinieblas.

Y veían en la noche, distinguían las manchas negras de las cosas, como si una niebla hubiese caído de sus párpados: un murciélago pasó y pudieron seguir su brusco y desigual re-

voloteo. En el escondrijo formado por montones de carbón se detuvieron, quedándose allí inmóviles, con el oído y la vista alerta, puesto en tensión todo su ser. Cuchichearon entre sí diciéndose:

—¿No has oído allí un grito llamando?

—No, es que están encerrando un vagón.

—Pero ahí, á nuestra izquierda, alguien anda. La arena ha crujido.

—No, no, son ratones y el carbón menudo que cae.

Pasaron algunos minutos. De repente, ella fué quien le abrazó con más fuerza.

—Aquí está.

—¿En dónde? no veo nada.

—Ha dado vuelta por el depósito de Pequeña Velocidad, viene derecho hacia nosotros..... ¡Mira su sombra pasando por aquella blanca pared!

—¿Aquel punto obscuro?..... ¿es él?..... ¿Viene solo?

—Sí, solo, viene solo.

Y en aquel momento decisivo Severina se echó apasionadamente á su cuello, pegando á la de Santiago su ardiente boca.

Fué un beso de carne viva, prolongado, por el cual aquella mujer hubiera querido dar á su amante toda su sangre. ¡Cuánto le quería y cuánto execraba al otro! ¡Ah! si ella se hubiese atrevido, veinte veces habría ya dado el golpe, para evitarle al joven tanto horror; pero sus manos desfallecían, se sentía demasiado

débil, era preciso para el caso el puño de un hombre.

Aquel apretado beso era todo cuanto podía ella infundirle de su propio valor; era la completa posesión lo que con aquel beso le prometía, la comunión de su carne.

A lo lejos silbaba una máquina, arrojando en el silencio de la noche un quejido de melancólico dolor. Oíase por golpes acompasados, estruendo como el que produjera un enorme martillo, rebotando en recóndito lugar.

En tanto las tinieblas que del mar habían surgido, formaban por el cielo efectos acuáticos, y se acercaban produciendo desgarraduras en las nubes, que eran difusamente señaladas en ciertos momentos por los vivos fulgores de los mecheros de gas.

Cuando, por fin, de la boca de Santiago apartó la suya Severina, ya nada propio tenía, creyó haber pasado toda entera á él.

Con rápido ademán abrió Santiago la navaja. Pero gruñó una palabrota.

—¡Dios de Dios! ¡San se acabó, se vuelve!

Era verdad; la sombra movediza, después de haberse acercado á ellos hasta unos cincuenta pasos, tomó dirección hacia la izquierda y se alejaba con el paso tranquilo de un vigilante nocturno al que nada inquieta.

Entonces ella empujó al amante.

—¡Anda con él!

Y él delante, ella rozándole los tacones, echaron á andar, ligeros, deslizándose detrás del

hombre como para darle caza, evitando el ruido. De repente, en el ángulo de los talleres de reparación, le perdieron de vista; pero como tomaban al sesgo atravesando una vía de reserva, le encontraron de nuevo, á veinte pasos á lo sumo. Tuvieron que aprovechar los más insignificantes trozos de pared para guarecerse; un simple traspies les hubiera delatado.

—No le cogemos—gruñó Santiago sordamente.—Si consigue llegar al puesto del guarda-aguja, se nos escapa.

Severina repetía continuamente:

—¡Anda con él!

En aquel minuto, por aquellos vastos terrenos llanos, sumidos en las tinieblas, en medio de la nocturna tristeza que envolvía á la gran estación, Santiago se sintió resuelto á todo; la soledad era cómplice, estaba por ella como en el fondo de una madriguera.

Mientras apresuraba furtivamente el paso, se excitaba pensando, repasando las razones que iban á convertir aquella muerte en una acción sabia, legítima, lógicamente debatida y decidida. Era un derecho que ejercía, el derecho de vida, puesto que aquella sangre de otro le era á él indispensable para su propia existencia. Sólo había que dar un navajazo, y ya habría conquistado la felicidad.

—Se nos escapa, se nos escapa—repetía furiosamente el joven—viendo la sombra traspasar el puesto del guarda-agujas.—Se fastidió la cosa, ya se las *quilla*.